

EL CASTILLO, ENTRE SÍMBOLO Y RUINA. REFLEXIONES PARA SU ENTENDIMIENTO HISTÓRICO Y TERRITORIAL

Julián Esteban Chaparría
Dr. Arquitecto

Resumen: El castillo es un término evocador que hace referencia a diversidad de objetos, entre ellos el castillo-ciudad o ciudad-castillo, como el de Xàtiva. Este es un hecho de extraordinaria complejidad, en el que la importancia del lugar viene determinada por alguna de sus cualidades que se analizan e influye en su arquitectura. Cuando la decadencia y obsolescencia alcanza a los castillos comienza un general camino de abandono y pérdida. Sin embargo, algunos de ellos de la mano de la memoria y la historia, emprenden una segunda vida por la vía de la cultura, con la que recuperan el aprecio social. Se hace imprescindible acometer, en el caso del Castillo de Xàtiva como en el de tantos otros, un plan director que permita avanzar en el conocimiento de su historia y emprender todos los posibles caminos de su conversación.

Palabras clave: castillo-ciudad, conservación, restauración, memoria, historia, plan director.

The castle, between symbol and ruin. Reflections for its historical and territorial understanding

Abstract: The castle is an evocative term that refers to a variety of objects, including the castle-city or castle-city, such as Xàtiva. This is a fact of extraordinary complexity, in which the importance of the place is determined by some of its qualities that are analyzed and influence its architecture. When decadence and obsolescence reach the castles, a general path of abandonment and loss begins. However, some of them, hand in hand with memory and history, undertake a second life through culture, with which they recover their social appreciation. It is essential to undertake, in the case of Xàtiva Castle as in the case of so many others, a master plan which will allow us to advance in the knowledge of its history and to undertake all the possible paths of its conservation.

Key words: castle-city, conservation, restoration, memory, history, master plan.

DOS CUESTIONES PREVIAS

Este estudio hace referencia a castillos como clave general, pero sin duda a lo largo de ella estoy pensando en el castillo de Xàtiva en particular, aunque no sea mencionado explícitamente. Y ello se basa en que este castillo pertenece a un particular tipo de bienes del patrimonio arquitectónico, a mi juicio de excepcional relevancia, como son las fortalezas militares en emplazamientos topográficos singulares que engloban o han englobado enclaves urbanos. De ellos la Comunidad Valenciana tiene ejemplos de gran valor como Sagunto, Dénia,

Morella, Onda, Alicante... y por supuesto Xàtiva. Su complejidad de investigación, de conservación, de puesta en valor, de difusión y de gestión requieren por parte de todos una atención especial.

La segunda reflexión hace referencia a quienes, de una u otra manera, trabajamos y trabajan con materiales de la historia, bien a través de documentos escritos o de restos físicos, en ambos casos este trabajo es fruto de la cultura de un pueblo y de un tiempo siempre en evolución. Nuestra función principal en ese trabajo es su lectura, interpretación y valoración, y también su difusión para todos aquellos interesados en su propio pasado y su identidad y preocupados por conservar en buen estado estos privilegiados materiales sea cual sea su expresión y consistencia. Estamos, pues, trabajando desde el presente con el pasado y de ello debemos ser profundamente conscientes, tanto como de que nuestra manera de escribir sobre esos restos es fruto del momento e intereses en los que vivimos.

Quizás por eso miramos y estudiamos cómo este trabajo se ha hecho antes que nosotros, es la historiografía y la historia de la conservación, ya que nos permite posicionarnos con criterio y relatividad en nuestro momento, y ello porque como afirmaba Darwin, “*cuando me hallo frente a toda realidad establecida, siempre me surge la duda de que la verdad pueda ser otra*”.

Los hombres construimos y reconstruimos el pasado para nosotros mismos, para los historiadores y para un público que se interroga sobre su pasado. Pero como sostenía John Ruskin en su *Lámpara de la Memoria* no podemos recordar sin la arquitectura, ya que en sus palabras “*cuán fría es toda historia, cuán desprovista de vida toda imagería en comparación con aquello que contiene el mármol incorrupto y sobre lo que decide escribir un nación despierta*”. Trabajamos, pues, sobre el pasado, sobre los monumentos que se nos encomienda conocer, conservar y transmitir, pero también sobre el presente, sobre la memoria de la gente que nos rodea y sobre su imaginario, con lo que estos materiales del pasado no son en absoluto objetivos, ya que la historia, a diferencia de algunas otras ciencias, trata de que alcance al mayor número de personas e influya en sus costumbres, instituciones y mentalidades. Toda historia es contemporánea, escribió Antonio Gramsci, en la medida en que el pasado es aprehendido en el presente y responde a sus intereses.

Mientras un historiador pone, o debe poner, en cuestión su proceso de análisis, el arquitecto, tras las dudas, si es que las tiene, plasma inevitablemente una solución sobre muchas otras opciones, lo que atrae la mirada a veces airada de aquellos que no la comparten. En ese proceso se ha pasado de lo oral a lo escrito. Pero es que trabajamos con imágenes y materias de gran complejidad, ya que no se quedan en sí mismas y avanzan hacia aspectos como el paisaje, personal y físico, entendido como doble elaboración humana: al formarlo y a leerlo o vivirlo.



Fig. 1. Vista de Denia siglo XVIII, autor desconocido.

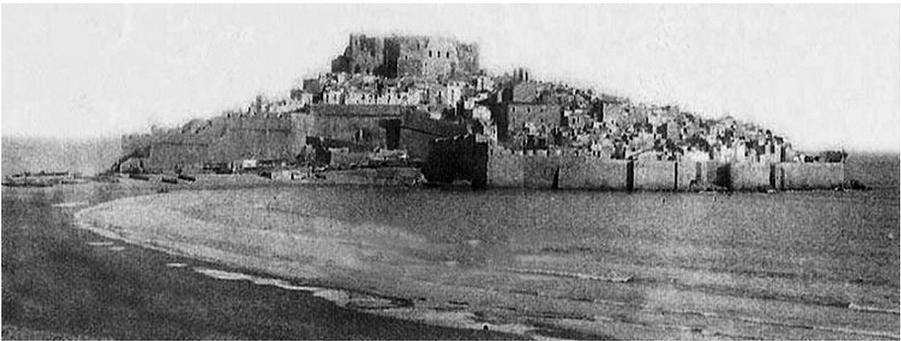


Fig. 2. Vista de la ciudad de Peñíscola, c. 1900, autor desconocido.



Fig. 3. Vista de la ciudad de Morella, autor Julián Esteban.

EL CASTILLO

Hay pocos vocablos tan evocadores y tan equívocos, tan poéticos y tan polémicos como el de castillo. Y por si esto fuera poco, la cantidad de objetos que ha terminado por abarcarse con este término son de una infinita variedad: con él hacemos referencia a fortalezas, palacios, casas señoriales o granjas fortificadas, torres, elementos de fortificaciones urbanas, etc. etc. todo ello ha quedado englobado en él.

Efectivamente, lo que denominamos castillo corresponde a realidades muy diversas. Inicialmente es un lugar separado, tan aislado del entorno natural como de las relaciones ordinarias de los hombres, es un lugar fortificado para mantener desigualdades y relaciones de dominio. La función residencial se le añade después y secundariamente. Su vinculación a la explotación agrícola de un territorio a su alcance relaciona esta arquitectura de dominio con la mantenida entre las villas romanas y su espacio circundante. El sistema de relaciones que se instaura entre una clase aristocrática con funciones militares y la población rural crea nuevas tipologías arquitectónicas a cuyo lado corre paralela toda una historia del reino, de las grandes circunscripciones feudales y de delimitación de territorios. Cuando el castillo alcanza proyección urbana, podemos hablar indistintamente de castillo-ciudad o ciudad-castillo. La frontera entre el dominio feudal, la morada señorial, el recinto murado y la fortaleza, es difícil de establecer.

Por otro lado, las influencias italianas han introducido ambigüedad en el uso del término palacio, nacido de la tradición antigua y de la ocupación excepcional del monte Palatinus de la Roma real y después imperial, apelación estrechamente vinculada a la residencia de la más alta autoridad local. En el siglo XV, el teórico italiano Leon Battista Alberti oponía los dos términos de un modo significativo: de un lado la *rocca*, es decir, el castillo que es la morada fortificada del tirano, y de otro el *palazzo* que es la residencia del rey. Ambos tienen sus características propias, pero el castillo se acaba impregnando de algo del palacio, y este del castillo.

A veces, el castillo contiene en sí las prerrogativas del hecho urbano. Es un recinto que asocia más funciones, a menudo estratificadas en el tiempo. En otras ocasiones se trata de una ciudad amurallada que contiene un castillo, una alcazaba, la cual, a su vez, es una ciudad que contiene edificios. Por tanto, diversificación y unicidad. Unidad morfológica en la que el lugar es parte necesaria, constituyente y transformada en tejido construido. Del tejido construido, el castillo es una parte individualizada, separada, a menudo contrapuesta, pero siempre con una especie de recíproco respeto y sin fracturas. Además, y con frecuencia, el castillo se convierte en imagen del lugar, dado que es el único elemento que el tejido urbano puede comprender y en el cual reconocerse.

Sirva, a título de ejemplo, la relación existente entre el Albaicín y la Alhambra de Granada. La ciudad palatina, *Madinat al Hamra*, es fundada en 1237 por el primer sultán de la dinastía nazarí sobre la colina de la *Sabika*, donde solo existía una alcazaba pequeña. Esta nueva medina se levanta frente a *Madinat Garnata*, la antigua Iliberri, existente en la colina del Albayzín. A partir de ese momento, *Madinat al-Hamra* y *Madinat Garnata* se constituyen como dos ciudades autónomas con funciones distintas, la primera sede y representación del poder, residencia del sultán, de su corte, de su guardia personal y servidores más directos, la segunda con todas las demás actividades urbanas.

Desde esta segunda medina los habitantes de Garnata mirarían primero con preocupación, por las diversas ocasiones en que la fortificación de la Sabika había servido a ejércitos enemigos para instalarse en ella y, tras la creación de la ciudad áulica nazarí, la mirarían con respeto y temor, sobrecogidos seguramente por el majestuoso volumen de sus torres desde las que son contemplados.

El castillo es la señal que establece, en el paisaje, el límite entre habitabilidad e inaccesibilidad en una región de dominio. En ella, el lugar del castillo es seleccionado en función de alguna cualidad:

–la *emergencia*, en relación con las posibilidades de ser objeto de identificación desde la distancia,

–la *accidentalidad*, en relación con un proyecto de accesibilidad que debe ser controlada,

–la *practicabilidad* de un territorio suficientemente amplio en relación con el disfrute de recursos y de acumulación de riquezas, o

–la *inmanencia* en el paisaje, es decir, la capacidad de producir respeto y de evocar con la imagen sensaciones de inapresión y potencia.

Una u otra de estas cualidades puede ser prevalente sobre las otras, pero en general son todas ellas las que conforman la arquitectura del asentamiento fortaleza.

Por otro lado, el castillo es una arquitectura compleja y de difícil lectura, dada su actual inexistencia de funcionalidad. La pérdida de la estructura que describe su habitabilidad convierte hoy sus espacios, muros, bóvedas y huecos, en enigmáticos, situación que está agravada por el hecho de que la historia de la arquitectura ha relegado fortalezas, torres y castillos a la segregación de un apartado denominado arquitectura militar, donde la función prevalece sobre los cánones estéticos y la contingencia sobre cualquier otra voluntad proyectual.

Estamos todavía sin códigos para leer, en toda su complejidad, este repertorio de la historia del hombre, moldeado por múltiples dimensiones complementarias a las ya mencionadas: como son el hecho militar, el hecho jurídico, el hecho económico...



Fig. 4. Vista de la ciudad de Vilafamés, incluida en Guía Repsol.

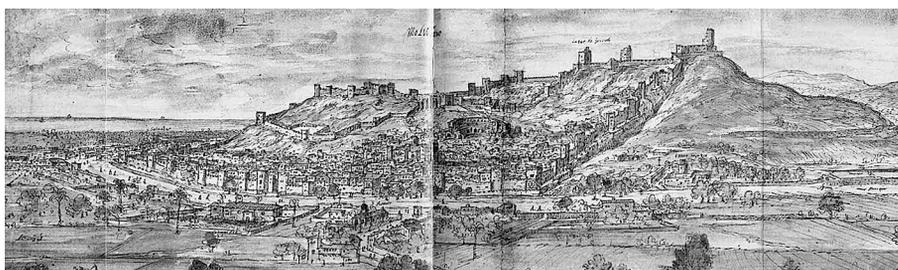


Fig. 5. Sagunto por Anton van den Wijngaerde, 1563. Publicada en ROSELLÓ, V.M. et alt.: *Les vistes valencianes d'Anthonie Van den Wijngaerde (1563)*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.

Por contra, frente a esta complejidad, reconozcamos que en nuestra percepción, transformada en memoria, la imagen más obsesionante, más recurrente, es la que nos llega de la mano de los historiadores románticos, de los escritores creadores de la novela gótica, revisada o no por Umberto Eco, Michael Ende o J.R.R. Tolkien, por los Cuentos de Saturnino Calleja o las películas de Walt Disney.

Todos ellos accedieron a nuestra sensibilidad infantil y la conformaron en nuestra juventud, lo que constituye una imagen subrayada por los relatos de los libros de viajes o por los guías turísticos que alimentan nuestra adocenada y escasa impertinencia de viajeros, con las leyendas y mitos más vulgares, que no Historia, creadas a veces por nosotros mismos.

Y no olvidemos esa nueva dimensión, recientemente descubierta para salvar al edificio, que es la vía cultural: el castillo-hotel; el castillo-lugar de exposiciones o de conciertos; el castillo-jardín zoológico o botánico; el castillo-lugar de distracciones o centro hípico; el castillo alquilado para coloquios, semina-

rios, cenas medievales y recepciones; el castillo-“luz y sonido”. Todo un fenómeno que no ha cesado de desarrollarse en una espiral innecesaria, pero atractiva para el consumidor, un medio de reapropiación patrimonial de la historia y de sus restos materiales.

LOS CASTILLOS. ENTRE HISTORIA Y MEMORIA

A los castillos se les ha asociado con numerosos símbolos y significados ligados a vivencias de todo tipo: socioeconómicas, como muestra de diferenciación social, como conflictos derivados y grupos de poder; políticas, y por tanto vinculados a las luchas por hegemonía territorial y dominio religioso; o símbolos paisajísticos, a modo de hitos que permiten reconocer la estructura de un territorio, dominando o subrayando fronteras o hitos geográficos...

Estos símbolos, además, determinaron contornos en la formación de ciudades o regiones y, de esta manera, se vincularon a mercados y centros de coexistencia involucrados en luchas militares.

La decadencia, que llega tras la pérdida de importancia estratégica de los castillos, predestinaba la ruina de sus fábricas, costosas siempre de mantener como relata el profesor García Mansilla, y pasan a quedar unidas únicamente a la construcción de identidades y al papel de herencia histórica de primer orden, encarnando valores que quizás nunca tuvieron pero que hoy les atribuimos.

El camino del abandono o de la conservación es forma de un tiempo más cercano a nosotros que configura su historia reciente y se involucra con ideologías, economías públicas y reclamos de nuestra presencia en un territorio.

Este camino está ligado a dos fenómenos importantes socialmente: la historia y la memoria, y a través de ellas a la rememoración o recuperación de conocimientos perdidos u olvidados, a la identidad y a las memorias colectivas, que están en la base de nuestras actitudes ante construcciones históricas que han perdido su uso y firmeza.

Mi aprecio, nuestro aprecio, por ellas proviene de nuestras percepciones. A mis recuerdos, mi memoria individual y mi memoria colectiva, se suma la historia que otros han ido reconstruyendo y escribiendo. Y con ellos les conferimos un valor personal y social que nos implica, para que otros en el futuro los encuentren. Por eso nos enfrentamos a los castillos, a su reparación, a su restauración, a su refortalecimiento, es decir, a reintegrar los valores que depositamos en ellos, sin hacernos antes las preguntas adecuadas.

Difícil cuestión cuando la aproximación de cada uno de nosotros a estos bienes tiene un punto de partida y unas bases diferentes, una aproximación que se basa en un conocimiento que se va diluyendo conforme nos alejamos de nuestros ámbitos vivenciales o culturales, comprendiendo de ellos poco o nada, por ejemplo, del castillo de Burgo de Osma, si no es a través de un mediador cultural.



Fig. 6. Castillo de Chulilla, 1989. Autor: Paisajes Españoles.

Nuestro aprecio pasa por ir consiguiendo diversos objetivos tales como: transmitir la ciencia con la que se crearon y los fundamenta, transponer y actualizar su significado, profundizar en el conocimiento del nacimiento y evolución de sus estructuras físicas por vías documentales y arqueológicas, estudiar el impacto de su imagen, etc. etc. El paso de fortaleza a monumento es, muchas veces, un recorrido difícil de realizar y entender. Un proceso en el que los actores involucrados, los medios y recursos en juego que les dedicamos pueden cambiar con rapidez, dejándolos más como un castillo de naipes que como una firme realidad material en la que la pedagogía es un arma más trascendente que un trabuquete.

LA RUINA. ENTRE HISTORIA Y CONSERVACIÓN

Terminado el último uso de los castillos durante las guerras carlistas, en el mejor de los casos, o como prisiones y lugares de fusilamiento durante la guerra civil, lo que vienen a ser retazos de historia nada poéticos o románticos porque

muestran nuestra incapacidad de convivencia, las estructuras fortificadas devienen ruinas en manos de los poderes públicos. Son ruinas sobrevenidas, accidentales, estéticas, arqueológicas, construidas, son falsas ruinas... todo un repertorio de diferente causa y origen.

Y la ruina, verdadera o falsa, accidental o compuesta, es siempre un símbolo antes que un objeto. Es este sentimiento dominante, su percepción simbólica, y no la constatación de su estado real, es el que ha determinado generalmente la elección del tipo de actuación a realizar en ellos.

Es una historia del sentimiento, o mejor, de los sentimientos que la ruina podría seguir, aplicación de los métodos adoptados por los historiadores de la muerte. La ruina es, en efecto, el fatídico recuerdo de que, a imagen y semejanza de los humanos y las civilizaciones, los monumentos mueren también inevitablemente.

En el orden de las piedras, cuyos tiempos son de larga duración, se ha dicho que el tratamiento de las ruinas ha sido comparable a la de los cuerpos sufrientes. Por eso podrían ser de aplicación medicinas suaves o fuertes, homeopatía o cirugía, prolongación de comas con o sin los últimos sacramentos, depositadas en mausoleos o en fosas comunes, momificación o incineración...

Las diferentes prácticas de las pérdidas han tenido sus correspondientes tratamientos monumentales. Las diversas opciones de actuación sobre las ruinas son también elecciones de civilización, porque en el fondo la ruina es el caso límite donde se verifica que la vida y la muerte de los monumentos es la que manda y acompaña a la de los humanos.

Si hubiera que resumir lo que, a lo largo de los dos últimos siglos, han sido las principales y sucesivas actitudes ante la irresistible muerte de las más significativas arquitecturas para la historia de los hombres, podríamos distinguir, a grosso modo, cuatro momentos.

El primero de ellos durante las primeras décadas del ochocientos, herederas del final del siglo XVIII, tiempo en el que la ruina aparecía como una de las bellas artes y es aceptada como una fatalidad, fuente de emociones y reflexiones, ocasión de meditaciones líricas y poéticas sobre la caída de los imperios, de los reinos, de las religiones y de las civilizaciones. La ruina, que recuerda a la conciencia que nuestra fragilidad es moral, es bella, más bella que la arquitectura íntegra, pues ella añade los encantos mágicos de lo pintoresco.

En este primer momento, los monumentos son fijados, congelados en su estado de ruina, quizás porque emocionaron ampliamente a los viajeros de esa época, y fueron demasiado bien dibujados, pintados y litografiados para que se ose modificar su leyenda de ruinas románticas y pintorescas, y como tal permanecen. El eco de los anticuarios, del valor de antigüedad en el papel de la historia, resuena en ese tipo de contemplación.

Decía Ruskin, al que ya he citado, todavía décadas después “*no permitas que un sustituto falso y deshonesto lo prive de los oficios funerarios que su memoria merece... No tenemos ningún derecho a tocarlos*”.

Después, llegó el tiempo del combate contra la ruina, y esa fue la gloria de la segunda mitad del XIX, el segundo momento.

A la fatalidad anterior de las ruinas se opusieron la energía y el optimismo de los que creían poder volver a poner piedra sobre piedra, volver a levantar los muros, restablecer los monumentos a un estado que no fue jamás el suyo, pero que con él podían beneficiarse de una nueva y superior longevidad. La ruina no fue entonces, en el peor de los casos, más que el signo del fracaso, y se convirtió en vergonzosa.

Las ruinas fueron fijadas, restauradas y completadas, y a partir de los años 50 no provocaron ya más románticas lágrimas sino acción. Es la edad de oro de la restauración triunfante y segura de sí misma. La ruina parece entonces desaparecer de las preocupaciones, ya no se habla de ella. Buena prueba de ello es su ausencia en el *Diccionario razonado de la arquitectura francesa...* de Viollet-le-Duc. La nueva teoría de las ruinas no es la del sentimiento de la melancolía sino un sentimiento de disgusto: son demasiado numerosas, y fatigan y desesperan. Su interés radica en lo que pueden todavía hacer saber, y lo importante es convertir en audible el mensaje casi borrado. Una buena ruina es aquella ruina restaurable. La lógica se hizo fuerte y la decisión fue llegar hasta el fin de la restauración-reconstrucción. Es el gran momento de la resurrección de las ruinas, de su apariencia que no de su ser.

Hacia el final del siglo XIX y la primera mitad del XX se cuestionaron estas certidumbres científicas y tecnológicas. Los monumentos renovados no parecían ya guardar las cualidades intrínsecas que los justificaban y les daban su razón de ser. La restauración fue considerada desnaturalizante, y su práctica, en el mejor de los casos, podía fijar y prolongar durante algún tiempo un estado lamentable.

Las ruinas debían quedar ruinas, ser requeridas únicamente para dar en su lecho de muerte las últimas confidencias, las últimas confesiones de un pasado condenado a la desaparición. Levantar acta era suficiente, de manera que la arqueología moderna, todopoderosa, infatigable creadora de nuevos campos de ruinas, se volvió aséptica. Las memorias de las excavaciones y las restituciones conceptuales substituyeron la energía recreadora del siglo XIX. Y si la restauración desnaturaliza, modificando el ser mismo del monumento, ¿es posible practicar otra cosa que no sean suaves terapias? ¿Lo mejor, en esas circunstancias, no es acompañar al enfermo, contentándose con tomarle la mano hasta su último suspiro?

El carácter general del período se encuentra en la reacción contra la restauración optimizadora del siglo XIX. Es entonces cuando se inventa la práctica

de la catalogación, más allá del mero inventario, sin duda pensando que los castillos y las iglesias en ruinas, así protegidos, escaparían a las veleidades restauradoras. Y paralelamente se desarrolla con fuerza, como se ha mencionado, la fiebre excavadora cuyo resultado es un nuevo tipo de ruina producto de la actividad conceptual y manual del hombre, pero son ruinas que, protegidas y fijadas, están exentas de toda emoción. Las ruinas de la guerra forman ciertamente, en este momento, una categoría especial, sobre la que se pone en juego pasiones profundas. Reacciones opuestas y concomitantes, hizo que se conservaran como testimonio de la maldad humana, o reconstruidas para significar la victoria sobre el mal.

Sin embargo el ensueño debía volver a remontar el vuelo, era necesario que la ruina volviera ser objeto de emoción, y que reapareciera la ambición de hacer revivir de manera concreta un edificio condenado. En este último momento, el de los tiempos actuales, y tras unas decenas de años en los que diversos indicios anunciaron a la vez, y contradictoriamente, la vuelta de la ruina romántica y un deseo de restauración. En las décadas más recientes la restauración-restitución-recreación conoce un desarrollo que recuerda los mejores tiempos violetianos. La cirugía estética toma el relevo a los simples análisis de laboratorio, tras la asepsia y la abstención.

Es un momento en el que se adoran los contrastes y se es capaz, de lo dulce a lo salado, de degustar lo opuesto, como revancha de las contenciones demasiado largo tiempo aceptadas del moderno clasicismo. Se fustiga a los arqueólogos que rehúsan toda idea de reconstrucción por miedo a equivocarse. Las proclamas son “*la vida es un proceso de reconstrucción permanente*”, o “*la incapacidad de reconstruir es la incapacidad de vivir*”.

La comedia que se juega, desde hace varios lustros, respecto a ciertas ruinas privilegiadas que están en la mente de todos, llevadas de la mano de fuertes voluntades y grandes medios, está encontrando su final. Me refiero a la reconstrucción de la torre de Babel, los jardines de Babilonia o la ciudad de Persépolis. La originalidad de esta comedia era establecer el equilibrio y vivir entre un gusto neorromántico por la ruina y la voluntad neorracionalista de restitución,

EL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO, ENTRE CONOCIMIENTO Y REALIDAD VIRTUAL

Pero no hay final en la historia de la vida y de la muerte, al menos mientras el hombre exista. Por ello, comenzando el siglo XXI se distingue con claridad una nueva manera de intervenir, o quizás mejor, de no intervenir sobre el patrimonio arquitectónico, sobre los castillos, sobre las ruinas.



Fig. 7. Xàtiva por Anton van den Wijngaerde, 1563. Publicada en ROSELLÓ, V.M. et alt.: *Les vistes valencianes d'Anthonie Van den Wijngaerde (1563)*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.

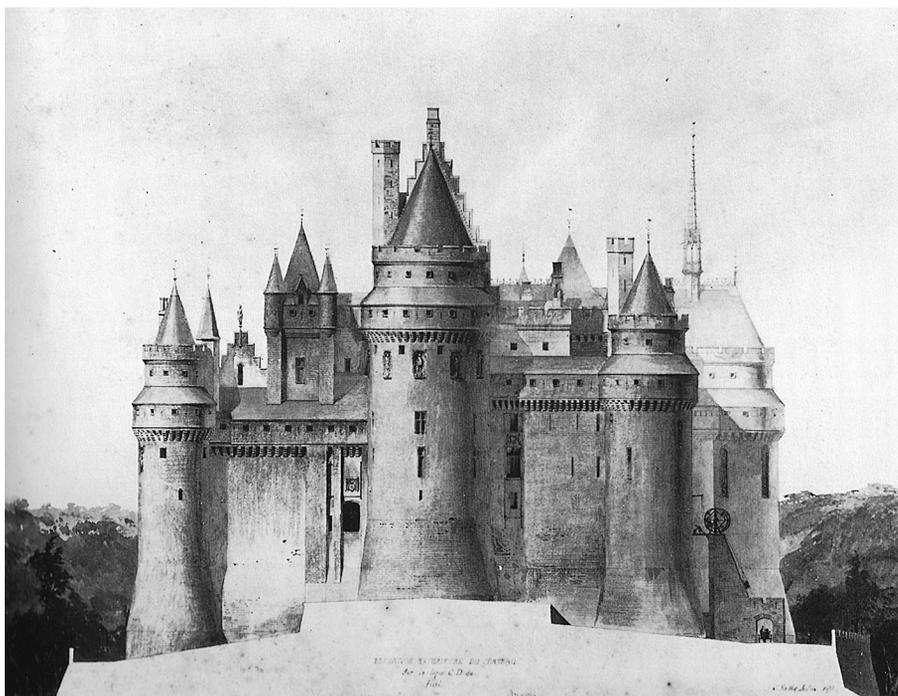


Fig. 8. Restauración del Castillo de Pierrefonds por Viollet-le-Duc (1858). Publicada en FOUCART, B. (1980): *Viollet-le Duc*, París, Réunion des musées nationaux.

Esta manera se deduce de una lógica falta de medios proveniente de un agotamiento o racionalización de los recursos del Estado, frente a los graves problemas de paro, pensiones, seguridad social, transporte... Allí donde la sociedad necesite reutilizar patrimonio para un uso colectivo, se invertirá, pero este no es el caso inmediato de las ruinas. Para ellas la respuesta, casi con toda seguridad, no provendrá de la arquitectura sino de un exquisito y riguroso conocimiento, fuente posterior de manipulación como proveedor de realidades virtuales.

No habrá restitución material, sino virtual, y no en manos de la arquitectura como ilustrada y perversa intermediaria, sino de la informática al servicio de quien sobre este nuevo soporte quiera disfrutar y usar de la historia y de sus restos materiales de mil maneras posibles. El paso de la informática tradicional a la multimedia ya está dado, gestionándose de manera integrada información proveniente de fuentes diversas (datos textuales, gráficos, sonido, video, etc.)

La relación del usuario con la información no tiene porque ser hoy únicamente mediante entorno gráfico, pudiendo comunicarse mediante lenguaje natural con un “monumento hipertexto”, merced al cual se pueden crear nexos lógicos entre los conceptos almacenados. Partiendo de estos nexos el usuario accede al sistema por cualquier concepto y navega a lo largo de la base de datos de manera aleatoria, con o sin un principio o fin definido. El mundo científico de la arqueología y el de la difusión museística han sido pioneros en el uso de estos avances, y pronto la relación entre ciudadano y patrimonio se moverá entre difusión total y diletantismo electrónico, como algunos investigadores han apuntado ya.

La forma arquitectónica del monumento y su evolución, desde su construcción a la actualidad, deberá analizar técnicas constructivas, decoración arquitectónica, mobiliario, implantación topográfica, factores físicos, usos y funciones; y geográficos de su localización; acontecimientos históricos; análisis sincrónicos y diacrónicos, etc.

Todo este cúmulo de información será posible mientras haya estado investigado y relacionado, adquirirlo y suministrarlo de manera interactiva sobre soporte informático como una realidad o irrealidad virtual al potencial usuario. Practicar anastilosis con distintas técnicas constructivas o materiales, reproducir acontecimientos que acompañen a la simulación de arquitecturas, o establecer diálogos mediante experiencias gráficas y sonoras, dejará de ser una ensoñación, una utopía.

Este tipo de intervenciones obviará la restitución física y desviará esfuerzos y medios al conocimiento, la investigación y el disfrute social del patrimonio. Pero evidentemente la relación emocional solo se puede establecer de manera directa e insustituible con los restos materiales y el lugar, así que las propuestas anteriores solo podrán tener éxito cuando estén estrechamente vinculadas a los monumentos mediante fuertes apuestas culturales. El lugar, la investigación, las

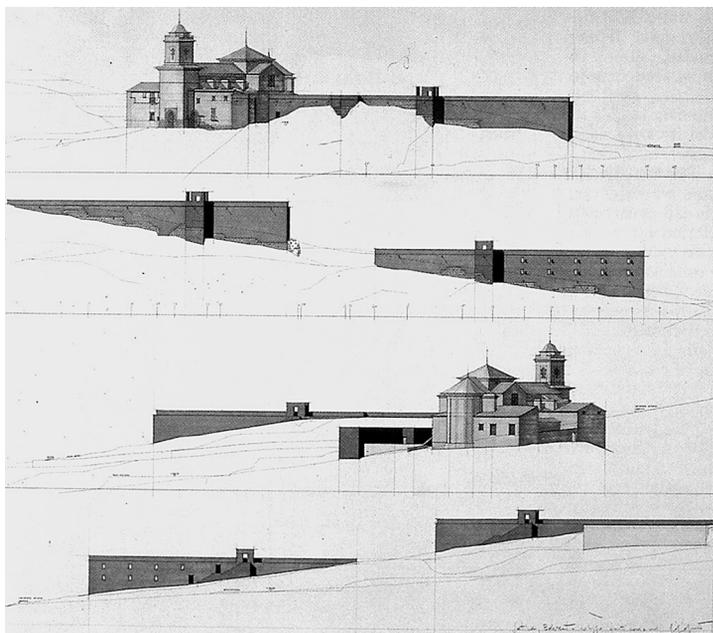


Fig. 9. Proyecto de restauración del Bellveret de Xàtiva por Grassi y Portaceli. Publicada en INSAUSTI, P., LLOPIS, T. (1994): *Giorgio Grassi. Obras y proyectos 1962-1993*, Valencia, IVAM.



Fig. 10. Castillo y ciudad de Xàtiva, 1989. Autor: Paisajes Españoles.

nuevas técnicas informáticas y el usuario, mientras hacemos las obras de conservación necesarias, serán los protagonistas de la nueva comedia patrimonial del siglo XXI, por insatisfactorio que esto nos pueda parecer a nuestros ojos.

Y a modo de coda, o parte final conclusiva.

Tras el camino que se ha ido trazando, lo que parece increíble es que la importante y sabia ciudad de Xàtiva, desde siempre preocupada por su patrimonio, en relación con lo que llamamos castillo y que en realidad era la ciudad antigua amurallada y su fortaleza, no dedique un esfuerzo continuado a conocerse mejor a sí misma, como han hecho otras ciudades.

¿Cómo es posible que no exista una investigación arqueológica programada y con continuidad para avanzar en el conocimiento de lo que hay oculto en la ladera de la montaña? Los responsables autonómicos de patrimonio, el gobierno de la ciudad, el museo, los historiadores, todos los setabenses y los que lo somos de corazón en definitiva... tenemos una responsabilidad en esta cuestión que no podemos eludir, porque en ello está en juego conocimiento, identidad y credibilidad de futuro.

Hágase un Plan Director programando las excavaciones arqueológicas y memorias de la ciudad antigua de la *Saetabis* ibero-romana, visigoda y altomedieval, desarrollando en ese documento: fases, estimando aportaciones económicas, planteando colaboraciones científicas y personales con todas las instituciones posibles nacionales e internacionales.

Así crearemos probablemente un nuevo campo de ruinas, que serán materiales para conocimiento y difusión, y accederemos a una parte de nuestra historia desconocida para nosotros con la que enriqueceremos el símbolo que tanto apreciamos, y quizás no tengamos que conformarnos con realidades virtuales.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2005): “Arquitectura defensiva”, *Patrimonio Cultural de España*, 9.
- ESTEBAN, J., SICLUNA, R. (1990): “La ciutat de Xàtiva i la seua arquitectura vista per Van den Wijngaerde”, en ROSELLÓ, V.M. et alt.: *Les vistes valencianes d'Anthonie Van den Wijngaerde (1563)*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 259-301.
- FOUCART, Bruno (1991): “Les sentiments de la ruine au XIXe et au XXe siècle: tragédie en quatre actes”, en *Faut-il restaurer les ruines? Actes du colloque de la Direction du Patrimoine*, Paris, Picard, pp. 24-28.
- GARCÍA MANSILLA, Juan Vicente (2003): “Las obras que nunca se acaban. El mantenimiento de los castillos en la Valencia medieval: sus protagonistas y sus materiales”. *Ars Longa* 12, pp. 7-15.
- USTÁRROZ, Alberto (1997): *La lección de las ruinas*. Barcelona, Fundación Caja de Arquitectos, 288 p.